

MUSICA

Euskadi en solfa

«¿Y Mikis Theodorakis, de qué nacionalidad es?», preguntaba una joven vasca de kaiku y pegatina al entrar, el sábado 29 de octubre, en el Polideportivo Anoeta de San Sebastián. El vigoroso compositor griego no es muy conocido en Euskadi pero, así y todo, logró la asistencia de 1.500 espectadores. Ese mismo día, en Pamplona, el tándem Lluís Llach-Mikel Laboa conseguía llenar el Pabellón de los Deportes de melodías en catalán y en euskera, mientras que, en la Feria de Muestras de Bilbao, once grupos y cantantes —desde Soledad Bravo al Cuarteto Cedrón y desde Oskorri a Labordeta— lanzaban nuevos sonos musicales al aire vascongado. Fue un triple fin de semana para la canción.

Desde una semana antes, en casi todos los pueblos de Guipúzcoa había carteles que anunciaban la actuación de Theodorakis. El recital fue organizado por el Centro de Atracción y Turismo de San Sebastián, que perdió más de 400.000 pesetas. Por lo visto, el precio de las entradas —275 pesetas— desanimó a no pocas personas. Uno de los organizadores comentaba después: «A pesar de todo, ha merecido la pena traer a este hombre». El público opinaba de la misma manera. Puestos en pie, los espectadores saludaban cada nueva melodía interpretada por Theodorakis,

sus músicos y sus cuatro cantantes. El compositor griego, que ha militado en varias formaciones de izquierda después de abandonar el Partido Comunista de su país, dijo a esta revista poco después del recital: «La poesía está igual en la lucha y en la política. Yo respeto mucho a la gente que tiene miedo y que sabe sacrificarse». Y añadía: «Estoy dispuesto a volver aquí cuando se me llame. Personalmente, estoy más de acuerdo con la izquierda española que con la griega. En cuanto al pueblo vasco —dijo—, estáis de suerte, porque vuestra autonomía no parece lejana».

Llach-Laboa

En la Feria de Muestras de Bilbao, las canciones se encuadraban en un amplio festival llamado «8 Ordu Kulturgintza». Los cantantes —Carlos Cano, Elisa Serna, Imanol, Gwendal, Marina Róssell, Miro Casabella y Mont-Joia, además de los ya citados— tuvieron que pelear con la deficiente sonorización del recinto, poco adecuado para oír voces en grito.

Los triunfadores de todo el fin de semana fueron Lluís Llach y Mikel Laboa. El catalán y el vasco recorrieron esos días las cuatro capitales de Euskadi con rotun-

do éxito. «Cantamos juntos porque nos llevamos bien y somos muy amigos», dijo Laboa. Un crítico musical añadió: «Porque son los dos grandes de la canción popular».

Mikel Laboa —que, además de cantor, es psiquiatra—, lleva muchos años de investigación musical a las espaldas —fue miembro de «Ez Dok Amairu», desde que este grupo comenzara, en los años 60, a buscar alternativas para la música vasca—. Está considerado como el mejor, más original y más profesional cantante vasco de la actualidad. En Bilbao, Mikel Laboa estrenó canciones nuevas y recordó antiguas ante un público maravillado que le oía cantar en euskera, en inglés, italiano, francés o portugués, mezclando estrofas célebres con mordaces comentarios sobre los asuntos del país. Más tarde, en un bar del centro de Bilbao, Laboa explicaba: «Para hacer un buen recital hace falta sentido, ilusión, dinámica, afán de colaboración, calidad y cierta gracia».

Lluís Llach, por su parte, sacudió literalmente a los espectadores con sus *Campanades a mort*, escritas en marzo de 1975, tras los asesinatos de Vitoria. Esta era la primera vez que Llach conseguía permiso para cantar en Euskadi, aunque fue advertido de «no dialogar con el público ni presentar sus canciones». Llach, sin embargo, habló en euskera y realizó un muestrario de todos sus trabajos, desde *La gallineta* a *Itaca*, sin olvidar *I si canto trist*.